Mr. le Docteur Moutet
hommage respectueux

12

ANTONIO VINAJERAS

AMADOR.

NATURAL DE CARTAJENA.

Profesor en la Facultad de Medicina de Montpellier.

NOTICIA BIOGRAFICA.

PARIS
C. DENNÉ SCHMITZ, LIBRERIA ESPAÑOLA
Calle Favart, nº 12

MONTPELLIER
BOEHM É HIJO, IMPRESORES DE LA ACADEMIA

1862

ANTONIO VINAJERAS

AMADOR.

NATURAL DE CARTAJENA.

Profesor en la Facultad de Medicina de Montpellier.

NOTICIA BIOGRAFICA.

PARIS
C. DENNÉ SCHMITZ, Libreria Española
Calle Favart, nº 12

MONTPELLIER
BOEHM É HIJO, Impresores de la Academia

1862

AMADOR

NATURAL DE CARTAJENA.

Profesor en la Facultad de Medicina de Montpellier.



Desgraciadamente no vacilamos al manifestar que en toda España es desconocido el nombre que sirve de tema á este artículo. Hay indivíduos de gran talento que no logran una reputacion, y hay reputaciones desventuradas que no hacen fortuna alli donde debieran ser conocidas para ser honradas. Hemos tenido la satisfaccion de escribir en el estranjero la biografia de nuestro compatriota Andrés Piquer, para los franceses en particular; y ahora nos es muy sensible apuntar lo más notable de la vida de un insigne español, para sus compatriotas: nuestra Memoria sobre el primero fué aceptada con entusiasmo en Francia: desearíamos que una buena suerte y una enseñanza provechosa fuese el premio de este trabajo consagrado al segundo.

No há muchos años, vivia en Montpellier un jóven español, de frente descubierta y atrevida, de ojos llenos de fuego, de lábios finos y ciceronianos, de palabra fácil, de pequeña estatura, tipo verdaderamente meridional, lleno de poesia y de vigor, colmado de deudas, enamorado y galan, discreto en todo, y sin que nadie presintiera al verle ú oirle, el alto puesto que debiera ocupar un dia.

Llamábase Risueño de AMADOR.

Estudiante en la segunda Facultad médica de Francia, recibiendo una corta pension que la generosa mano de su familia le procuraba

para su sostenimiento en aquel país, el jóven cartajenero, ni seguia los cursos que se esplicaban en aquella escuela tradicional, ni se daba la pena de pensar en el porvenir, ni creia probable su vuelta á España; pero de noche y dia le atormentaba el eco de un nombre ilustre que partiendo desde Paris se derramaba por todas partes, en honra y prez de la España científica.

El nombre de Orfila.

El estudiante de Montpellier deseaba vivamente admirar al hombre-tipo que la naturaleza habia producido en un momento de inspiracion felicísima: pero el querer imitar al Decano de la Facultad médica de Paris, era un milagro de audacia; era aspirar á encarnarse con una índole escepcional, con una organizacion fecunda en recursos y dotada con facultades heterogéneas en alto grado.

Orfila hablaba el francés como un miembro de la Academia fundada por Richelieu; Orfila cantaba como un ángel; Orfila habia caido en gracia á la Francia entera, y en una palabra, el insigne hijo de Mahon, habia llegado á ser el secretario particular, el amigo íntimo de la córte entonces reinante.

Aspirar á imitarle, era un imposible. Falto de recursos, solo en una boardilla y á la escasa luz de una pobre lámpara; desconocido enteramente, con la incredulidad compañera del hombre de génio, lloraba Amador sobre una posicion crítica y más grave de dia en dia, como se llora sobre un libro rico en ideas pero de idioma perdido, como se llora sobre un cuerpo que no es cadáver todavia. No hay tristezas comparables á las de los desterrados cuando estos tienen escrito en la frente el anatema de la miseria; no hay melancolia comparable á la del hombre que siente algo en sí de estraordinario, y se avergüenza de ello, al compararse con otro que deslumbra porque se ha hecho poderoso: la apariencia tiene crédito en todas partes, y el éxito es una especie de vidrio de aumento.

¿A quién hubiera hablado de sus proyectos el futuro héroe de Austerlitz cuando lloraba infortunios en un quinto piso, delante del Sena? ¿Quién no lo hubiese creido loco al oirle hablar sobre un plan de conquistas regeneradoras de todo un siglo? Y sin em-

bargo, las circunstancias y no los hombres (es decir, la naturaleza y no la humanidad), fueron impulsando al simple teniente de artilleria hasta darle por espada la de Carlo Magno, y por corona la admiracion del mundo.

Por otra parte, basta á veces una pequeña coincidencia para que un hombre descuelle; y si en su frente arde el génio, basta ella para que este se encumbre; siendo deplorable que se ponga en olvido aquel ligero incidente, principio no de la caida, sino de la elevacion lenta ó rápida.

Marion Delorme era de esta opinion: « una piedrecilla que hizo volcar el carruaje donde iba yo, fué la causa de todo. » Asi decia aquella prostituta célebre. Es decir: fué la causa de que apareciera en el siglo de Richelieu una mujer que dejó traza profunda en el tono, la literatura, costumbres y política de la época del cardenal-duque.

Es verosímil que si Orfila no hubiese tenido la *voz de angel* que le abrió los dorados salones del palacio de las Tullerias y los principales de Francia, no hubiera llegado á obtener cuanto sorprende en su biografia, si tenemos en cuenta su cualidad de español y su vida azarosa, hasta el momento en que cayó el primer rayo de felicidad en su frente.

Pero Amador no tenia el don del canto ni hablaba el francés como á primera vista se le hubiese exijido: en esto se parecia á Mazarino. Amador no era capaz de pensar en Paris, porque un viaje era un gasto, y porque estaba profundamente convencido de la alteza de su entendimiento y de la humildad de su saber en materia de medicina.

En Paris habia atletas de erudicion, y en esto diferenciábase tanto de Piquer, como que no era este un hombre do génio, pero sí un hombre de progreso y de vastos conocimientos.

Amador era el tipo español de nuestros dias: mucho talento y deseo ninguno de olvidar la dama por la investigacion científica ó literaria; sentia, que colocado en una tribuna, era capaz de arre-

batar al auditorio : pero para llegar á ese cenit, ¡cuantos pasos debia dar, llenos de incertidumbre, en un horizonte que contemplaba cargado de nubes!

Y por ser español en su manera de llevar á término los estudios, no esplotaba su talento, pues contaba con él como Lope de Vega hubiera contado con su facilidad maravillosa. Amador conocia sus facultades ; á veces esperaba ; á veces, viendo la monotonia de su vida y de las circunstancias, se confundia con la turba de estudiantes, riendo de los bienaventurados sábios alemanes, que sacrifican su juventud, placeres y comodidades por un descubrimiento importante ó nó, con tal que sea una piedra más en el edificio imponente de la ciencia.

Era la época en que Montpellier rivalizaba para su honra con la escuela de París. Esta capital levantaba en triunfo los altos hechos de Dupuytren, y aquella alzaba sobre sus hombros y con orgullo al ilustre Delpech. Grandes hombres los dos, se veian de lejos, se median, y se odiaban. La Europa científica fijaba sus miradas en las dos capitales, y la medicina de Montpellier lograba más aplausos, si cabe, que la de París. La ciencia daba pasos brillantes, y á cada discurso del inmortal Dupuytren, respondia el elocuente Delpech, dando ánimo á la juventud, rebatiendo lo apuntado por aquel, y creciendo la Francia culta en influjo y en valor ; que es privilegio de ese país tener en la historia de sus destinos las dos cosas que mueven el mundo y alimentan la historia[1] :

Grandes hombres y grandes circunstancias.

Con ánimo decaido, preparábase Amador á recibir el diploma de doctor de la Facultad de medicina de Montpellier. ¿Cuáles eran sus antecedentes para obtener nombradia, si se hallaba rodeado de hombres eminentes y de condiscípulos? ¿Cuáles sus recurses para seducir á un público indiferente? Dispuesto á pesar de todo

---

[1] Véase el precioso trabajo escrito por M. Bouisson, que figura al frente de la obra titulada *Tributo à la cirujia* y que lleva por título : Paralelo entre Dupuytren y Delpech.

á sufrir el último exámen, presentóse comentando los aforismo de Hipócrates.

Hay hombres que llevan el trueno en la frente.

Una palabra en ellos, es á veces un rayo.

Tal fué la primer evolucion del génio de Amador. —Con una lógica irrebatible, con una argumentacion llena de formas elegantes y de espíritu clásico, el estudiante español hizo presentir en un momento, de cuánto era capaz: lanzado en el campo del raciocinio, llenó de admiracion á cuantos le oian, y más de un labio estranjero murmuró: «Será profesor.»

Algunas horas despues del acto solemne, con el diploma de doctor sobra una pobre mesa, fija la mirada en ese astro caprichoso que atormenta á las grandes inteligencias, tal vez centelleando una lágrima de despecho y de entusiasmo en los ojos del jóven filósofo, meditaba sobre sus destinos aquel que momentos antes sorprendiera á cuanto habia en Montpellier de culto y escojido: semejante al marino que por vez primera vá á entregarse á las olas, y tiene ante sí una inmensa llanura líquida sembrada de terror y de peligros, así Amador vacilaba lleno de espanto al pensar en los escollos que esperaban á la inteligencia cuyas fuerzas él tan solo podia apreciar.

¡Tal es la lucha terrible, inesplicable, de la razon superior! De esa manera padeció Colon cuando no veia en la historia más que dos nombres: el uno lleno de luz, el otro envuelto en tinieblas:

Immortalidad. — Locura.

¡Y cuántas ideas dignas de contrabalancear un Nuevo-Mundo pierde la humanidad mientras el hombre de inteligencia creadora llega á formar su porvenir! ¿Hay cosa menos satisfecha de sí que el génio mismo? ¿No llegó á creer el gran Racine que sus trabajos literarios rebajaban el lustre de las letras francesas? ¿Y con cuales obras no hubiera dotado aquel gigante la escena nacional,

si el desencanto, si la poca confianza en sí no le hubiera detenido á los treinta años? Esta falta de entusiasmo, este escepticismo por escelencia, es el relieve de casi todas las almas enérgicas; no parece el génio sino un volcan; despues de una grande erupcion la mole de piedras queda en silencio, y tal vez pasa un siglo sin que la montaña vomite llamas.

Cuando Amador, cansado de sufrir reveses y desaires, debilitado en él ese amor á lo grande, que es la primera condicion de todo entusiasmo, se abandonaba á proyectos ajenos á su profesion; cuando ya su triste vaticinio se habia cumplido, cuando sin clientela, sin amigos, volvia sus ojos á la tierra, fatigado ya de esperar algo del cielo; cuando en suma, iba sintiendo los accesos de esa ira noble y profunda que forma el perfil de las obras de Molière, un acontecimiento inesperado estremeció sus facultades, y el atleta intelectual se levantó poderoso y temible.

No hay entusiasmo mayor que el de la peregrinacion que Dios corona con buen éxito; nada es comparable á esos intervalos sublimes, á esos entreactos, digámoslo así, de la historia, en que todo calla ante el triunfo del entendimiento humano, cuando ora guiado por sí, ora conducido por los acontecimientos, presiente su futura grandeza creyéndose con fuerza suficiente para respirar en la grande atmósfera que él mismo se ha creado. — Los pesares se olvidan, nuevo entusiasmo brota del alma, y el cerebro produce ideas de más valor: todo aquel tiempo de oscuridad y de miseria le dió mas solidez: pudiera decirse, que á la manera de los rios jigantescos, al hallar en su paso un obstáculo, las ideas se amontonan, chocan entre si, reflejan la sombra de la noche y la luz del dia, y embravecidas y colosales asaltan la dificultad que se opone á su carrera, triunfan, y soberbias con la victoria, van adelantando hasta perderse en la noche eterna de los tiempos.

Habia muerto en París una persona recomendable, dejando una Biblioteca selecta: fué su voluntad, que se diera como premio, á quien defendiese con mas éxito un tema sobre medicina, tema cuya eleccion perteneceria á un cuerpo científico. La noticia del acontecimiento fué una revelacion para el génio de Amador....

¡Podrá ir á París! ¡Podrá luchar! ¡Podrá desembarazarse de una vez para siempre de la idea que tenia formada sobre las fuerzas de su inteligencia, y salir de la oscuridad ó vivir en ella eternamente! ¡Podrá en suma ver y admirar á su eminente compatriota Orfila!

Todo en teoría era brillante: el viage á París de escaso costo en sí, haciásele insuperable, y ridículo, al pensar que arrebatándole otro la famosa Biblioteca, daria en tierra con su modesto nombre, al mismo tiempo que comprometido de nuevo, se hallaria en situacion más apurada. Pero cuando el entusiasmo es verdadero, cuando el cerebro y el corazon se ponen de acuerdo y van á la conquista de una idea ó de un sueño, no hay cosa que sea un imposible y la victoria es casi segura.

Hay ese vértigo en la vida de casi todos los hombres superiores: en Dante, como en Bonaparte; en Cervantes, como en Colon.

Por eso la fisiologia dudará eternamente, si lo que llamanos génio, no es una locura sublime.

Varias personas se disputan la honra de haber prestado á Risueño de Amador la cantidad suficiente para que residiese un mes en París: con un haber de quinientos francos, púsose en camino el jóven pensador: llega á la gran ciudad, y toca á la puerta de esa pirámide científica que llaman Escuela de medicina de París: creemos que fué un zapatero francés quien facilitó el dinero que debia servir para tanto, en manos de Amador: muchas eminencias lidiaron por el famoso premio: faltaba un competidor nada más: era un estranjero, á quien nadie apoyaba; y en vista de la insuficiencia de las Memorias presentadas y del modo de defenderlas, la Comision encargada de fallar, inclinábase á dar otro plazo, dejando en depósito la Biblioteca de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

Apareció Amador en la tribuna: su agradable rostro previno en su favor; un aire de nobleza y de dominio le servía como de aureola; su acento español imprimia un sello particular en sus primeras palabras, y en breve, como por encanto, se hizo dueño de la sabia Asamblea y del público inteligente que habia querido pre-

senciar el pugilato del talento y del saber: la Memoria científica de Amador era una puebra patente de un brillantísimo espíritu de investigacion. Inimitable en el campo de la filosofía, diestro en la polémica, cortante y oportuno en la réplica, versado en el conocimiento de la antigüedad clásica greco-latina, revelando despego á la filosofía moderna y amor vehemente á la que en manos de Aristóteles valía una enciclopedia, Amador arancó aplausos, y persuadido de que su génio no le engañaba, con tono firme, como quien manda en el campo de batalla de las ideas, obligó á la sabia Comision al honor de entregarle la Biblioteca.

Los preciosos volúmenes llegaron á Montpellier: la mitad fué vendida: pagáronse las deudas: el triunfo habia sido completo, la Memoria médica impresa y conservada por la Academia de medicina de Paris, y entre tanto el génio de Amador, lejos de adormecerse, despertaba más brioso como el caballo de Alejandro.

Conoció á Orfila. — Este paso fué el principio de una série de honras: ambos españoles, el uno colocado en el zenit de la fortuna, el otro en el nadir de ella, comprendiéronse y desearon complacerse mútuamente: Orfila esperaba de Amador aplausos sinceros; Amador veia en Orfila el astro de su felicidad. No se engañaban en sus afectos: en breve el eminente profesor quiso dar una prueba incomparable de afecto al jóven filósofo de Cartajena, y le deparó su mas hermoso triunfo.

Creóse una cátedra para él en la segunda Facultad médica de Francia.

¡Volver á Montpellier de profesor!...¡Ser catedrático allí donde fué discípulo! ¡Haberse *creado* para el pobre estranjero una cátedra donde campearia su talento con éxito indudable!

Amador aprendió en la oratoria de Orfila la gracia insinuante, tal vez la música de la palabra; aprendió la accion y la serenidad: y ya dispuesto á volver á Montpellier, que como hemos dicho antes, rayaba muy alto en el concepto de la Europa científica, se despidió de Paris siguiéndole hasta Montpellier un rayo de luz que caia recto sobre su frente.

Era la mirada de Orfila.

Amador toma asiento en la tribuna de los profesores, y dá principio al curso que se le habia encomendado. Todo sorprende en el jóven orador: la palabra, la accion, el acento de estranjero, la brillantez de las ideas y un colorido enteramente español, es decir, semi-oriental, esparcido en cuanto decia á un público que rompió en aplausos, atándolo Amador al encanto májico de su elocuencia. La fama se encargó de lo demás: Amador fué el punto de vista de estranjeros y nacionales; pequeño de estatura, le vieron crecer en la tribuna: rebelde su lengua al verdadero acento del idioma francés, recordaban todos que era en él una gracia y un carácter; una fisonomia, por decirlo así: y la envidia por primera vez fué generosa.

Jamás se vió la Facultad de medicina de Montpellier tan frecuentada por gentes no dadas á la ciencia de Galeno: es verdad que Amador no era un médico en su cátedra: era un filósofo; y sobretodo, un orador irresistible. Decia el público al entrar en el recinto que servia de teatro de glorias al ilustre español: « Voy á juzgarle con frialdad: voy á medir su talento; voy á cerrar los ojos por no ver su frente pálida en contraste con su traje de profesor. » El público se engañaba, puesto que salia del recinto esclamando: « No he podido resistir su acento apasionado y estraño: era preciso ver, y abrí los ojos: es un hombre de génio que la Francia debe projeter siempre! »

Y el cuerpo de profesores repetia en voz baja: « Sabe muy poco: el público ignorante de la medicina, no puede apreciar la falsedad de lo que á veces afirma en materia de observacion, pero nos vence á todos porque cuenta con el privilegio de tener la talla intelectual de los hombres superiores. »

Sus compañeros no se engañaban.

Amador sabía poco, y lo que sabía era de mala calidad: incapaz de tener paciencia para seguir la historia de los hechos; dado en la época de su tristeza, á los placeres y holganza; todo en él

se resentia de tan malos auspicios: esto lo ponia á grande distancia de Orfila; en este sábio académico, en este hábil escamoteador de la palabra y de la ciencia, la ciencia era verdadera y los hechos que apuntaba habian tenido corroboracion exácta; pero en Orfila no habia, á pesar de todo, un génio tan verdadero, tan incuestionable como en Amador; en Amador todo era naturaleza; en Orfila habia mucho de arte: Orfila era algo francés en su manera y en su cultura; Amador era el tipo del hijo de España.

Creció con los merecidísimos aplausos la influencia del nuevo profesor: caballero de dos órdenes, la española de Isabel la Católica y la francesa de la Legion de Honor; sosteniendo con brillo la honra de la España científica, disfrutaba el orador de una gloria que por ser legítimamente adquirida, levantaba la nacionalidad francesa; pues á la sazon habia en París un Orfila, y en Montpellier un varon esclarecido y natural de Cartajena.

Deber nuestro es rendir á la Francia antígüa y contemporánea el tributo de gratitud que merece el espíritu de sus hijos, espíritu de entusiasmo, de patriotismo intelectual digámoslo así: Mazarino era italiano y gobernaba la nacion de Luis XIV; Napoleon Bonaparte era corso, y la Francia se le habia entregado completamente; y acercándonos á tiempos no muy lejanos por cierto; Orfila era español y todo-poderoso en la nacion vecina; Rossini tiene su verdadera patria en Francia, porque Francia es la puerta de su posteridad; y el gran químico Liebig es más conocido por haber vivido en París que por ser aleman; lo mismo sucedió con Alejandro de Humboldt.

Vamos á penetrar en un período triste: en el de la decadencia del hombre objeto de este trabajo, que no es una biografía, sino una noticia[1].

Si el génio no abusara de su propia fé, la vida de la humanidad que ha descollado con brillo, mereceria más elogios de los que

---

[1] Aparte ciertos datos, seria preciso, en una verdadera biografia de Amador, examinar sus obras, y dar cuenta al publico de la justicia con que fué premiada una de ellas, por la Academia de Medicina de Paris.

se la tributan ; ese mérito inmenso hubo en Washington : conquistador de la independencia americana, pudiendo á su arbitrio ser presidente de la mas grande de las Repúblicas, no abusó de la virginidad de su fé política y se retiró á su modesta casa de campo , allí donde el ambicioso Chateaubriand se asombró de hallarle : por eso Washington es casi único en la historia de todas las vidas célebres y de todas las naciones.

Pero eso sucede raras veces : la vanidad ciega en general, y difícil es resistir á la imaginacion ya seducida : por otra parte, la naturaleza prescribe los límites de cada existencia y de cada facultad del alma. ¿Por qué el empeño de ser ricos si es dictámen de la maestra del cielo, que seamos por ejemplo hábiles para la pintura y torpes para el manejo de los negocios? Generalmente no falta nunca (hace mas de un siglo) lo suficiente para vivir con decencia si se trabaja con fé; pero la sociedad es exijente, y el deseo de sobresalir, muy vivo en la criatura, saliendo de la esfera señalada sin duda por el cielo, aquellos que en vano luchan por amontonar riquezas. Al infortunio llaman *mala estrella*, y tal vez los misterios tristes ó agradables de cada alma no son sino el resultado de grandes leyes que la humanidad ignorará siempre.

¿Que ley empezó con el primer cañonazo disparado en Tolon y acabó en la soledad de Santa Helena? Se dirá que los grandes hombres no forman ley aplicable á la sociedad entera. ¡Error! Para Dios no hay córte ni pueblo, ni monarcas ni vasallos ; no hay más que criaturas.

Debilitada la fé científica en Amador, pensó en la riqueza : pensó en una clientela numerosa, y su fantasía le hizo creer que era un buen médico práctico, cuando en realidad le faltaba la observacion : piedra de toque, para lograr buenos resultados en la carrera médica. El público no secundó su empeño ; el público era justo : le admiraba, le aplaudia con frenesí; pero falto de creencias, no se confiaba al profesor español. Amador se irritó : su talento lo disponia con facilidad á la cólera, y no conociendo el error en que iba á incurrir, se lanzó á vela desplegada en el mar de otro sistema.

Su imaginacion viajó de Grecia á Alemania.

De Hipócrates á Hahnemann.

El público se ofendió : era una especie de ingratitud ; una desercion digna de castigo, y si antes tuvo una clientela reducida, no contó despues con un solo admirador de su nuevo carácter : cayó en descrédito, y empezó á manifestarse en Amador el encono del alma, compañero de una enfermedad mortal.

Decia el gran poeta de la Edad media: « *Sabed juzgar vuestra razon.* » Esta profunda máxima hubiera sido aplicada con justicia al profesor nacido en Cartajena. — Si Amador hubiese pensado en ella, seguramente no se habria puesto en tan difícil sitio como el en que estaba colocado por culpa propia. Con su talento, con su nombradia, con la influencia de sus amigos, tal vez llamado desde París, hubiera sido uno de los sabios mas elocuentes de la primera Academia médica de Europa.

Unido Amador á una dama francesa, hallaba en el regazo de la familia, consuelos y atenciones ; pero la energía del alma debilita el cuerpo ; la llama devora el vaso : y sin embargo de las mil comodidades que le rodeaban, pues esa señora puso á su disposicion una dote pingüe, espiró lejos de Montpellier y más lejos de París ; en el punto mismo en que murió el primer esposo de su señora.

España no le conocia, y por tanto no pudo sentir su pérdida. Arrebatado á las ciencias, casi en la edad del vigor intelectual, halló su muerte un eco de tristeza en Montpellier, que le vió pobre y rico, pequeño y grande, discípulo y profesor.

De él nos ha dicho el distinguido Mr. Benoît, encargado há un año del curso de Anatomía descriptiva : « Habia en Amador todos los elementos de un hombre estraordinario : una idea en sus manos era una vara de virtud, y cien veces le vi tomar á su cargo una cuestion trivial y darle las proporciones de un principio grande. »

Mr. Jaumes, profesor de patologia, nos ha manifestado lo siguiente: « La altivez castellana hablaba por boca de aquel hombre ;

se trasformaba en la tribuna; apoderábase de una idea presentándola de mil modos seductores, y provocaba la admiracion de sus mas cordiales enemigos.»

Los profesores Bouisson, Dupré, Anglada y Boyer lo recuerdan con pena y con entusiasmo; y el venerable octogenario Lordat, nos ha dicho: «Amador era una honra muy alta para su pátria; ¡ojalá produzca muchos como él, ese gran país de poetas inmortales, de eminentes pintores, y de mujeres hermosas!»

Hemos tenido el gusto de ver el retrato de Risueño de Amador que figura en la galeria de la Facultad de medicina de Montpellier. Nos prometimos entonces escribir sobre él, si no una biografía completa, al menos una noticia general; y lo hemos cumplido, no deseando por premio sino un buen recuerdo de nuestros lectores.

Madrid, 1862. (*Iberia*) (*Revista Ibérica.*)
